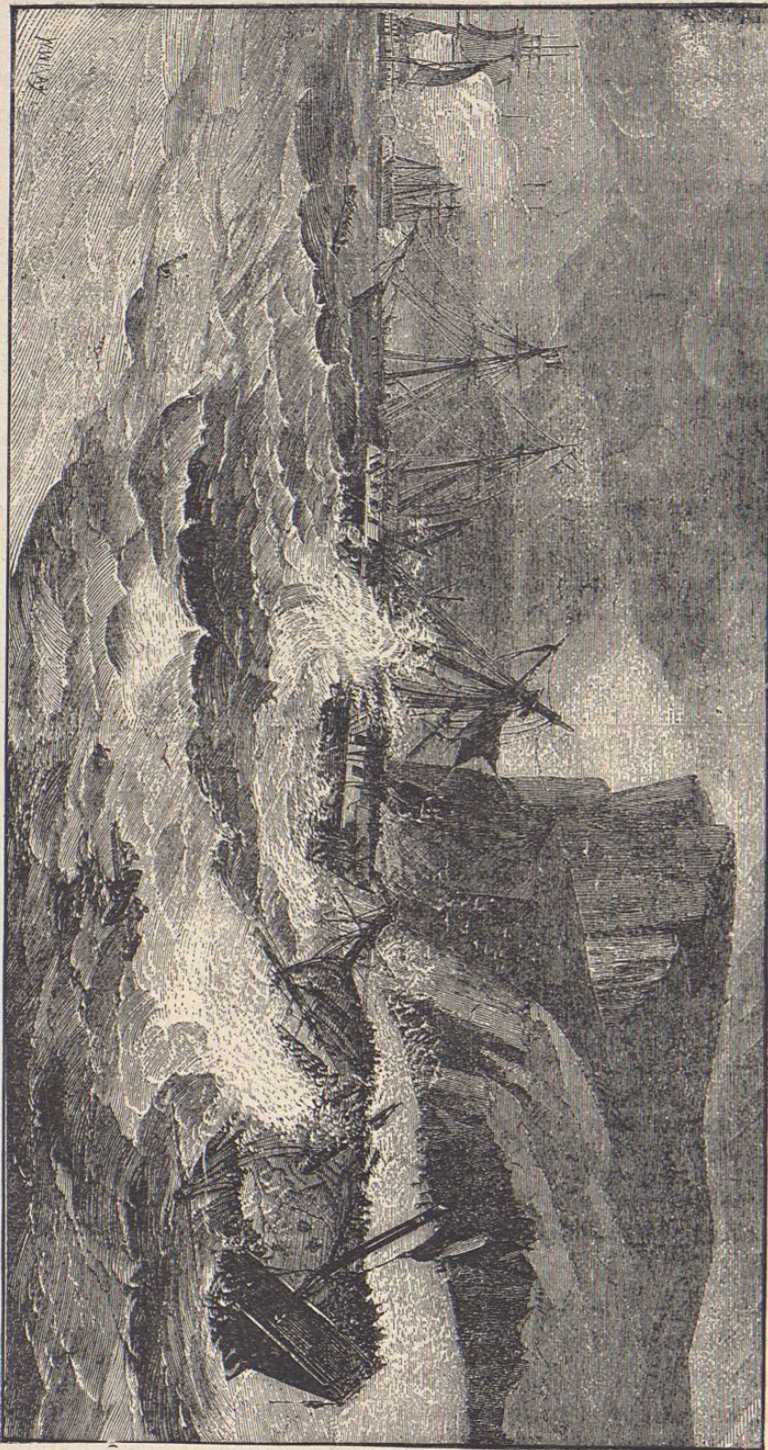


esto no podía realizarse sino á condición de abandonar la Franconia á los franceses. Esto era una desgracia, pero indudablemente mayor hubiera sido la de la reunión de Moreau y Jourdan. La Franco-

nia fué, pues, abandonada á Jourdan como antes se había abandonado la Suabia á Moreau.

La unión de los dos generales franceses tan temida por el archiduque Carlos, era, sin embargo, im-



Batalla de Lorient

posible, porque á Moreau también se le había dado orden de que atacase el Tirol y se acercase lo más posible á Italia en donde Bonaparte celebraba las batallas de su rival como suyas propias, de modo que le escribía el 2 y el 6 de Julio á Carnot que solo

Moreau podía salvar al ejército de Italia de una ruina completa.

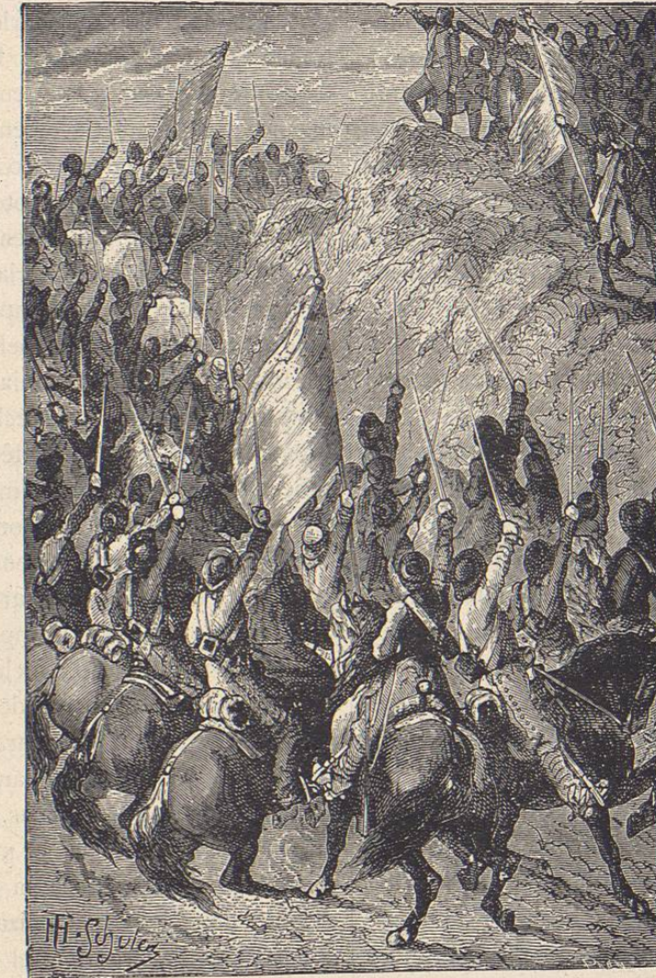
Jourdan, pues, se fué por la Franconia para amedrantar á la Baviera y para sacar de su país, que aún no había sufrido por la guerra, los mismos re-

curso que Moreau le había sacado á la Suabia. Francia y el ejército en masa vivían ahora de los millones que Bonaparte, Jourdan y Moreau sacaban á los pueblos que dominaban sus armas.

Se calculó que Moreau había sacado á los pueblos por donde pasaba unos cinco millones de florines, y que Jourdan que operaba en un país más

rico que la Suabia había sacado mucho más, esto en contribuciones de guerra, víveres, etc. Ahora para conceder treguas y paces ya fué otra cosa.

Dió el ejemplo el duque de Wurtemberg y pagó en tregua con cuatro millones de francos, gran número de caballos, forrajes y zapatos. El de Baden que intentó sobornar á Reynier, el jefe de Estado



Sublevación de Polonia

mayor de Moreau, para salir á mejor precio, tuvo que abonar dos millones en dinero y gran cantidad de provisiones. Imitando entonces su ejemplo el círculo entero de Suabia compró la tregua por el precio de diez y nueve millones, diez mil caballos, quinientos bueyes y enormes cantidades de trigo. Y para la paz definitiva, el de Wurtemberg tuvo que resignarse á ceder á Francia todas sus posesiones de la orilla izquierda del Rhin, y comprometerse á no tomar de nuevo las armas contra Francia, teniendo además que consentir que las tropas francesas pudieran ir y venir y tomar asiento en sus Es-

tados mientras durase la guerra, y como si esto no fuera aún bastante, hubo el duque de comprometerse á pagar doscientos mil francos mensuales á los franceses hasta la conclusión de la paz entre Francia y Austria.— Tratado del 7 de Agosto de 1796.—Y como por un artículo de este tratado el duque se comprometía á sostener las pretensiones de Francia respecto de la orilla izquierda del Rhin y sus islas, Francia, desde luego, le daba en recompensa varios Estados eclesiásticos de la derecha, enclavados en sus Estados. El 22 se firmaba la paz con Baden, que cedía á Francia Kehl y una cabeza de

puente en Huningne, recibiendo en cambio de sus complacencias, una indemnización parecida á la del Wurtemberg.

Moreau hacia todo esto á lo Bonaparte, y éste no podía quejarse de no haber hecho prontamente discípulos. Por los tratados del 7 y del 22 de Agosto, Francia arrancaba al imperio alemán todas las comarcas comprendidas el entre Liech y el Rhin para hacer de ellas Estados poco menos que feudatarios de Francia. En todo caso amigos interesados.

Pero todo esto fué necesario para que el sentimiento nacional alemán principiara á nacer, «en esta ocasión,—dice Sybel,—fué cuando principió á nacer en millares de corazones irritados la convicción de que alemán alguno podría disfrutar de la existencia en seguridad junto á su hogar, si la nación toda entera no se reunía en ese poderoso Estado alemán. Tal fué el doloroso principio de la obra de la transformación de Alemania que ha llenado nuestro siglo.»

Jourdan, por su parte, le sacó al país comprendido entre el Lanh y el Liech tres millones y medio, diez á la ciudad de Francfort, y como esto le pareció poco al Directorio para tan rica ciudad, tuvo que darle otros dos más. Los Estados del círculo francoconiano le dieron ocho á los que hubieron también de agregar otros dos, cuando, á imitación de Suabia, pidieron la paz, que no quiso concederles por menos el Directorio; es decir, en junto veinticinco millones y medio. Además, el desarme general del país representaba otro tanto, y, por fin, la sumisión de los Estados en cuestión obligaba á sus contingentes á volver á sus casas, quitándole al archiduque si no sus propios soldados á lo ménos el número, sin los cuales no se pueden acometer grandes empresas. Y como el archiduque viera con esto que esos contingentes lo que hacían era llevar á los franceses fuerzas militares, se apresuró á desarmar los contingentes del imperio sin reparar en los que agravaban, siendo esto causa de que los sajones, que éstos sí se contaban entre sus mejores soldados, se retiraran á sus casas indignados por el modo con que eran tratados los alemanes, alegando el pretexto de la aproximación de los franceses á la frontera de Bohemia.

En efecto, Jourdan iba ya aproximándose demasiado para que los sajones no vieran como habían de garantizarse contra la invasión. Procuraron, pues, á tiempo una declaración de neutralidad y ésta la obtuvieron el 13 de Agosto, de modo que Austria quedaba completamente aislada. El elector Federi-

co-Augusto se ponía, pues, por dicho tratado, en la misma situación de Prusia.

Prusia al ver al torrente francés invadiendo por todos lados impetuoso é irresistible el imperio, estuvo á punto de dejarse arrastrar por el torbellino de los pueblos que se rendían sin resistir, sin intentar levantar un dique á la invasión, y pedir que la paz provisional y particular de Basilea tomara un carácter más formal, un carácter más definitivo. Prusia había tenido que sufrir mal su grado, que los franceses no respetaran la línea que separaba del teatro de la guerra á la Alemania del Norte, por lo mismo que los austriacos en sus operaciones no la habían respetado, pero esto constituiría un peligro, y para los pueblos que protegía la paz de Basilea era una extorsión grande tener que sufrir los desastres de la guerra sin hacerla. Haugwitz procuró á toda costa, antes ya de la apertura de las hostilidades, obtener de los dos beligerantes el respeto de esa frontera de la Alemania del Norte con manifiesta infracción de los derechos del emperador de Alemania que, naturalmente, no le hizo caso, pero debe aquí notarse especialmente todo esto por lo mismo que hemos de ver constituida esa Alemania del Norte, como una extensión de la monarquía prusiana. Francia, por su parte, contestaba á Haugwitz terminantemente. Comprometíase, en efecto, á considerar infranqueable dicha línea si Prusia y los Estados que protegía consideraban que su violación por Austria sería motivo para que tomaran parte en la guerra, es decir, si estaban dispuestos á defender su neutralidad por las armas. Además Francia pedía, para este caso, que por medio de un tratado secreto reconociera Prusia la anexión de la orilla izquierda del Rhin, indemnizando á Prusia con el obispado de Paderborn y el ducado de Westphalia favoreciendo el cambio de esos países por el ducado de Meklemburg, y por último, Francia, decía que el príncipe de Orange á condición de renunciar al Statuato de Holanda podría obtener Bamberg y Wurzburg como príncipe elector, siendo revenible esta herencia á Prusia caso de que se extinguiera su raza. Estas proposiciones no fueron aceptadas por Haugwitz, no porque no fueran tentadoras, pues en verdad se le daba á Prusia una gran parte de los despojos del imperio, pero para ello era necesario destruir á éste, y Prusia no quería hacerse responsable de ello, aún cuando la Constitución del imperio había demostrado que no respondía á las necesidades de los tiempos modernos.

En esto se estaba al abrirse las hostilidades, y aún cuando se resolvió enviar á Westphalia un ejér-

cito de observación para hacer respetar la neutralidad, nada se hizo, y las cosas continuaron en el mismo estado. Pero al romperse las hostilidades y al ver el ningún caso que Austria hacía de la frontera de la Alemania del Norte, Sandoz, en nombre de Prusia procuró entenderse directamente con Carnot sobre el particular, así como antes todo se había tratado con Delacroix como ministro de Estado. Carnot no pudo acceder tampoco á lo que pedía, declarándole que todo había de redundar en beneficio de Inglaterra, que estaría segura por el Hannover, que Francia sólo podía respetar en virtud del cumplimiento fiel del tratado de Basilea. Fuera de esto, Carnot consentía que en secreto entrambos Estados, Francia y Prusia, se comprometieran formalmente á respetar la línea fronteriza,—11 de Junio.

Vinieron entonces las victorias de Bonaparte y á compás del avance del general republicano, iban los prusianos modificando su actitud, veían ya posible que Austria vencida pidiera la paz, y desde este momento no se pensó más que en buscar las mejores compensaciones, volviendo á lo que se había hablado con Delacroix por medio del embajador de Francia, Caillard. Pedíase en vez de la Westphalia el obispado de Munster, de modo que Francia y Prusia iban entendiéndose insensiblemente acerca de la secularización de los principados, ó Estados eclesiásticos que tan grande papel habían desempeñado en la Edad media.

Este cambio de actitud indicaba que el partido francés volvía á tomar grande ascendiente en Berlín, y fué en esta ocasión cuando el príncipe Enrique, que después de tantos años de reserva y de activo, volvía á ser agasajado por la Corte, escribió una memoria sobre la situación política que entregó al jacobino Parandier enviado por Delacroix para que vigilara á Caillard y que Sybel ha reunido en estos términos:

«Como las victorias de Italia, tendrán, sin duda, por consecuencia grandes victorias conseguidas por el ejército del Rhin,—esto lo escribía el príncipe el 10 de Junio,—Francia podrá dictar las condiciones de paz al emperador. Para conseguir en las negociaciones el fin deseado, será necesario separar la paz con Austria de la paz con el imperio alemán. Admitimos que Francia firme ante todo preliminares con Austria, por los cuales se reservará á un Congreso, que se celebrará, no importa en que ciudad, la discusión de la paz definitiva. Por esos preliminares el emperador abandonará las provincias austriacas cuya cesión no reconocerá necesaria, y prometerá sostener en el Congreso el modo de ver de Francia, re-

lativamente al imperio alemán, y al engrandecimiento de Prusia. Además debería el emperador consentir en que todos los países eclesiásticos de Alemania, fueran dados á príncipes seculares; con esas condiciones los preliminares podrían prometerles una compensación, tal, por ejemplo, como el arzobispado de Salzburg, y una mejor frontera por la parte de Baviera. Ni Inglaterra ni Rusia deberían tener representación en el Congreso. En presencia de los planes peligrosos formados por Rusia contra Turquía, Francia tiene necesidad de la alianza de Prusia; es, pues, del interés de Francia, para que el ejército prusiano pueda volverse contra Rusia, fortificar á Prusia, ya sea mediante la cesión de Bohemia hasta el Elba, ya por la cesión del Mecklemburg ó los obispados francoconianos. En lugar de los tres electorados eclesiásticos, se podría elevar la Hesse, el Wurtemberg y el Brunswick á esta dignidad, la más alta del imperio. Por lo demás, en vista de la considerable influencia ejercida por la Iglesia en Alemania y en Italia, sería bueno que el Directorio pudiera decidir al Papa á aprobar la secularización; el coadjutor de Maguncia, si renunciara á la dignidad eclesiástica, podría, tal vez, en razón de su mérito personal, obtener un principado.»

Este plan no hubieron de olvidarlo los franceses en mucho tiempo, pues como veremos en Leoben y en Campo Formio tuvo ejecución en gran parte. Si el príncipe Enrique representaba á la sazón el partido francés, hemos de decir que su política distaba mucho de ser perjudicial á Prusia, Prusia se consolidaba, rectificaba sus fronteras, y se buscaba votos para que sus reyes pudieran ser emperadores de Alemania, no era, pues, el partido prusiano francés anti-patriótico, y si renunciaban á la orilla del Rhin, precisa decir, que sobre existir todavía como hemos dicho el sentimiento nacional alemán, la orilla del Rhin debía considerarse ya como irremisiblemente perdida.

Si las victorias de Bonaparte habían influido de tal suerte en Berlín, júzguese por adelantado del efecto que tenían que causar las victorias, el avance de Jourdan y de Moreau, y la defección de los Estados de Suabia y de Franconia. El resultado fué firmar en 5 de Agosto el tratado secreto entre Prusia y Francia tal cual lo había redactado el Directorio, pero en vista de las reclamaciones últimas de Prusia.

Prusia, pues, había firmado un tratado por el que se abandonaba á Francia la izquierda del Rhin, empero protestando que de haberle sido posible hubiera querido salvar la integridad del territorio imperial alemán, pero en fin cedía, á condición de que